

*John Senior*

***LA RESTAURACIÓN DE LA  
CULTURA CRISTIANA***

Capítulo 1

## *Sobre el autor*

Nacido en 1923, John Senior realizó sus estudios en Columbia, donde obtuvo el doctorado en filosofía. Se convirtió y fue recibido en la Iglesia en 1960. Pronto que se dio cuenta que su trabajo como profesor en Cornell no daba los frutos que deseaba, por lo que decide trasladarse a la Universidad de Kansas donde ocupa un cargo de literatura comparada.

A comienzo de los '70 inicia con otros dos colegas, en la misma Universidad, un programa llamado *Pearson Integrated Humanities Program*, IHP, (Programa Integrado de Humanidades Pearson). Los profesores eran católicos, pero el programa no. Su trabajo consistía en enseñar los clásicos y transmitir a sus estudiantes el amor por el conocimiento y el aprecio por el legado de la civilización occidental.

Pero el IHP tuvo el efecto adicional de provocar un alarmante (para algunos) número de conversiones al catolicismo entre ateos, judíos, protestantes y católicos nominales, conversiones que produjeron frutos extraordinarios. Este programa, como era lógico, no era bien visto en ámbitos universitarios donde reinaba el relativismo cultural y un humanismo secularizado. Los tres profesores eran radicales en su doctrina: enseñaban a creer en lo real, a buscar la sabiduría más bien que el conocimiento, a buscar la Verdad, la Belleza y el Bien. “Éramos la generación de la televisión -dice uno de los alumnos. Nuestras vidas estaban fragmentadas, nuestros pensamientos interrumpidos cada diez minutos por los comerciales. Los profesores trataron de tomar todos los fragmentos y formar una pintura completa”.

Las conversiones fueron más de doscientas, y a ellas siguieron las de familiares y amigos. Varios de ellos ingresaron en la abadía benedictina *Notre-Dame de Fontgombault*, en Francia; otros, son sacerdotes

religiosos o seculares; algunos se dedicaron a la enseñanza; un grupo se ha instalado en Gallup, un pequeño pueblo del desierto de Nuevo México, donde, alejados del espanto de la ciudad, viven manteniendo la fe de nuestros padres.

John Senior falleció en 1999.

## *Agradecimientos*

Al final de uno de sus conciertos de despedida, una célebre soprano de la generación anterior dijo a sus admiradores: «Ha sido la brisa de vuestro afecto en la cual he desplegado las alas de mi canto». De algún modo, y sin que por esto pueda ser llamado una canción, este libro debe su existencia a aquellos de mis interlocutores y auditores que lo reclamaban. Algunos de ellos con los cuales tengo divergencia de opiniones en la actualidad, quizás se molesten por encontrarse nombrados aquí. Pero, como estas páginas le deben mucho es necesario agradecer, al menos, a aquellos cuya influencia ha sido decisiva.

Entre los sacerdotes: Charles Taylor, Michael Moriarty y Harry Marchosky.

Entre mis antiguos estudiantes, ahora religiosos: en Fontgombault, Philipp Anderson, François Bales, François-Marie Bethel, Lawrence Brown, Joseph-Marie Owen, y, muy respetuosamente, a su Reverendísimo Padre Abad; en Randol, Matthew Shapiro y su Reverendísimo Padre Abad; Randall Paine, O.S.C.; en Jouques, a la más encantadora de ellos, Madre Marie-Dolorès Anderson. Del clero secular, Stephen Baxter, John Cerkey, Paul Coakley, James Conley, James Jackson y David Rabe. Entre mis estudiantes, ahora profesores: Robert Carlson, Arthur Anderson, Kenneth y Robert Klassen, James Leek.

Entre mis colegas, hay dos con los cuales las conversaciones fueron tan prolongadas y profundas, que ya no se a quién atribuir la paternidad de ciertas pensamientos y su expresión: Frankliyn Nelick y Dennis Quinn.

Deseo también agradecer a Walter Matt que me ha permitido reproducir dos estudios aparecidos en *The Remnant* y al Padre Fessio,

S.J., director de Ignatius Press, por brindarme toda su ayuda en la corrección de los manuscritos.

Finalmente, debo mucho también a Penélope, Matthew y a Andrew; y debo mucho también a tantos que no he nombrado, especialmente a aquella para quien mi deuda no tiene medida:

*Mulieris fortis beatus vir.*

J. S.

# 1 La restauración de la cultura cristiana

Rosa Mística, Torre de David, Torre de marfil, Casa de oro, Arca de la alianza, Puerta del Cielo, Estrella de la mañana... ¿Por qué llamamos de este modo tan misterioso, y maravilloso a la Santísima Virgen María? Ricardo de San Victor, un maestro espiritual de la Edad Media, dice en un oscuro latín: *Ubi amor ibi oculus*, donde está el amor allí está el ojo, lo cual quiere decir que el amante es el único que realmente ve la verdad acerca de la persona o cosa que ama. Esto es el complemento perfecto de otra famosa frase: *amor cæcus est*, el amor es ciego,iego a toda la mentira del mundo pues sólo ve la verdad. Cuando un joven se enamora de una mujer, sus amigos suelen decir «¿Qué le ha visto?». Y Nuestro Señor responde: «Dejen al que tiene ojos que vea». Si amas, comprenderás. *Ubi amor ibi oculus*. Las Letanías Lauretanas han sido escritas en el lenguaje de un incomparable cántico de amor, al que san Bernardo llama «la obra maestra del Espíritu Santo»:

*Eres jardín cercado, hermana mía, esposa; eres jardín cercado, fuente sellada. Es tu plantel un bosquecillo, de granados y frutales los más exquisitos; de alheñas y de nardos. De nardo y de azafrán, de canela y cinamomo... Voy, voy a mi jardín, hermana mía, esposa, a tomar de mi mirra y de mi bálsamo; a comer la miel virgen del panal; a beber de mi vino y de mi leche. Venid, amigos míos, y bebed y embriagos, carísimos. Yo duermo, pero mi corazón vela. Es la voz de mi amado que me llama...*

Este es el lenguaje que la Santísima Virgen María comprende; este es el lenguaje del amor de Dios, el único que ella comprende.

Yo creo, y este es el tema y la tesis de este libro, que la verdadera devoción a María es ahora nuestro único recurso. Como muchos católicos, me encuentro preocupado y desorientado por esta «noche oscura» de la Iglesia, que la aflige desde hace quince años. *Yo duermo, pero mi corazón vigila.* Como un maestro de escuela a la antigua usanza, llevo el rumboso título de Profesor, pero no soy experto en teología. El enfoque de este libro es el de un aficionado, alguien que ama la religión sin ser muy religioso. Como un portero, abro la puerta a los demás, y los animo a entrar en habitaciones en las cuales nunca he estado. Soy como aquel que ha estudiado mapas y leído diarios de viaje donde se narran tales maravillas que parecen pertenecer a otro mundo, y que se despierta con un ancestral recuerdo de su país natal y de su Rey

*Qui vitam sine termino  
Nobis donet in patria.*

Los expertos han destruídos este amor y esta nostalgia: por esto no llegan a ver la verdad. Todo aquello que se mueve recibe su significado del fin hacia el cual se dirige; nosotros somos criaturas en movimiento y nos definimos por nuestros deseos; aquello que ansiamos es nuestra verdad. Una acción sin finalidad se destruye a sí misma. Es este el drama actual de la Iglesia y de la cultura cristiana.

La teología y su sierva, la filosofía, son ciencias que estudian los fines. Algunos de los mejores pensadores de la generación anterior se equivocaron pensando que la filosofía y la teología podrían ser los instrumentos de la restauración de la cultura. Pero las ciencias obran por abstracción a partir de la experiencia. Y si bien, tomado en sí mismo, el

pensamiento es independiente de toda situación determinada, y la verdad tomada en sí misma no hace acepción de personas, tiempo y lugar, es una persona determinada la que piensa en un momento y en un lugar determinado, y sólo a propósito de aquello que conoce efectivamente. Como decía Chesterton, el loco no es el que ha perdido la razón, sino el que ha perdido todo excepto la razón. La restauración de la razón supone la restauración del amor, y nosotros no podemos amar sino aquello que hemos conocido porque antes lo hemos tocado, gustado, oído, escuchado y visto. Este encuentro con la realidad exterior engendra naturalmente respuestas interiores, que urgen, que motivan y liberan las energías de la inteligencia y la voluntad, infinitamente más poderosas que la de los átomos. Privados de estas motivaciones, el pensamiento y la acción son sin objeto, a veces ciegos, más frecuentemente mecánicos; son comandados tiránicamente, es decir, desde el exterior. **La cultura cristiana es el medio natural de la verdad,** asistida por el arte, ordenada intrínsecamente -es decir, desde dentro- a la alabanza, la reverencia, y al servicio del Señor nuestro Dios. Para restaurarla, debemos aprender este lenguaje.

La Santísima Virgen dijo a su Esposo en el momento de la Encarnación: «Él me introdujo en su bodega». Los santos que comentan este pasaje nos dicen que cada una de nuestras almas, como la Virgen, deben descender a la bodega con el Señor donde Él le dirá: «Come, amigo, bebe, embriagémonos, mi bienamado». Los santos hablan de esto como de una determinada etapa de la vida espiritual. Debemos pasar por ella para arribar al Reino de los Cielos, que es el único objetivo de la vida cristiana, y que tiene por lenguaje a la música -palabra cuya raíz etimológica significa *silencio*, como en *mudo* y en *misterio*. La música es la voz del silencio, y por lo tanto, para entrar con Nuestro Bienamado Señor en la oración de quietud y pedir para este fin la ayuda de Nuestra Señora, debemos aprender a hablar este lenguaje, es decir que debemos conocer la música y, sobre todo, la música de las palabras que es la poesía.



Cualquiera sea nuestra especialidad, nuestra vocación, nuestro trabajo, todos somos amantes; y, mientras que sólo los expertos en cada campo deben conocer matemáticas, ciencias u otras artes, todos debemos ser poetas en el camino ordinario de la salvación. Y así como los caminos propios de la vida cristiana son del dominio de los sacerdotes, los ordinarios de la vida profana son del dominio de los maestros, como yo, quienes desde su humilde puesto, y aunque los altos caminos de la ciencia y de la teología le resulten casi prohibidos, sin embargo saben aquello que todo el mundo debe hacer primero.

En Fátima la Santísima Virgen reveló que los pecados de impureza son la causa de la mayoría de las almas que se condenan. En los Estados Unidos se registran anualmente más de un millón de asesinatos de niños no nacidos, mientras que sofisticados fármacos producen la muerte de diez millones más. Se los llama mentirosamente anticonceptivos, cuando en realidad contienen sustancias abortivas que destruyen los recursos necesarios para la vida durante los cuatro primeros días del niño.

Hasta donde sé, no es una verdad de fe definida por la Iglesia, pero se dice que las almas de los niños muertos sin bautizar se ven privados de la visión beatífica y van, según santo Tomás, que habla “según los Padres”, a un lugar de perfecta felicidad natural, llamado “limbo de los niños” porque ellos no tienen “ninguna esperanza de poseer la bienaventuranza del cielo”. Santo Tomás, naturalmente, habla de aquello que nosotros podemos presumir en tales casos. Nadie conoce con certeza el estado de las almas, a excepción de la de los santos canonizados; nadie conoce los caminos misteriosos y extraordinarios por los cuales actúa la misericordia de Dios. Pero nuestras elecciones morales dependen aquí y ahora de lo que conocemos con certeza moral de las reglas ordinarias, no de lo que puede ocurrir extraordinariamente como excepción. Creo, en consecuencia, que esas píldoras son instrumentos de un crimen peor que el asesinato porque

arrancan a los niños no solamente de la vida, sino también del camino ordinario de la salvación.

Santo Tomás dice también que en el último día todos resucitaremos a la edad perfecta de treinta y tres años. Cita a san Pablo: “Hasta que lleguemos... a la edad del hombre perfecto, a la edad de Cristo en su plenitud” (Ef. 4, 13). Cuál será el sentimiento de los que han utilizado la píldora cuando, caminando en ese terrible valle de sombras, aquel día terrible, sientan llamar: Mamá! Papá! y se encuentran con sus hijos resucitados en la edad perfecta, pero privados del cielo por su impureza. Habitualmente pensamos en los pecadores que se pierden, lo cual ha sido por su culpa, pero esto es peor y mucho más triste.

Pero no es mi intención hablar de la crisis por la que atraviesa la Iglesia y el mundo. Este debe ser un libro positivo, un programa para la Restauración de la Cultura Cristiana y no un obituario de su muerte. Creo que es imprudente hablar de un estado de desastre irreversible, como muchos hacen. Publicando sus logros se da al Demonio más ventaja de la que merece. La cuestión es qué se puede hacer, qué puede y debe ser hecho, porque no tenemos opción.

Cualquier cosa que hagamos en el orden político y social, nuestra acción debe tener su fundamento indispensable en la oración, el corazón de la cual es el santo sacrificio de la Misa, plegaria perfecta de Cristo mismo, sacerdote y víctima, en la cual el sacrificio del Calvario se hace presente de un modo incruento. ¿Qué es la cultura cristiana? Esencialmente la Misa. Esta no es mi opinión personal o de algún otro, o una teoría o un deseo, sino el hecho central en dos mil años de historia. La Cristiandad, que el secularismo llama Civilización Occidental, es la Misa y todo el aparato que la protege y favorece. Toda la arquitectura, el arte, las instituciones políticas y sociales, toda la economía, las formas de vivir, de sentir y de pensar de los pueblos, su música y su literatura, todas estas realidades, cuando son buenas, son medios de favorecer y de proteger el santo sacrificio de la

Misa. Para celebrar la Misa es necesario un altar, y sobre el altar un techo, por si llueve. Para reservar el Santísimo Sacramento, construimos una pequeña Casa de Oro, y sobre ella una Torre de Marfil con una campana y un jardín alrededor con rosas y lirios de pureza, emblemas todos de la Virgen María -*Rosa Mystica, Turris Davidica, Turris Eburnea, Domus Aurea*, que llevó su Cuerpo y su Sangre en su seno, Cuerpo de su cuerpo, Sangre de su sangre. Alrededor de la iglesia y del jardín donde enterramos a los fieles difuntos, viven los que se ocupan de ella: el sacerdote y los religiosos cuyo trabajo es la oración, y que conservan el misterio de la fe en ese tabernáculo de música y palabras que es el Oficio Divino. Y en torno a ellos, se reúnen los fieles que participan del culto divino y realizan los otros trabajos necesarios para perpetuar y hacer posible el Sacrificio; producen el alimento y confeccionan el vestido, construyen y salvaguardan la paz, para que las próximas generaciones puedan vivir por Él, por quien el Sacrificio continuará hasta la consumación de los siglos.

Debemos gravar en nuestro corazón la primera ley fundamental de la economía cristiana: el fin del trabajo no es la ganancia sino la oración, y la primera ley de la ética cristiana: debemos vivir para Cristo, no para nosotros mismos. Y vivir en Él es amar. Si guardamos los diez mandamientos, evitaremos el infierno; si amas a Dios y al prójimo como a ti mismo, cumplirás la ley de justicia. Pero la vida cristiana no consiste solamente en evitar el infierno, aunque esto sea esencial. Porque la vida misma es el Reino de los Cielos que consiste en amar a Cristo y a nuestro prójimo como Él nos ama.

Santa Teresita de Lisieux, teóloga ignorante, *scienter nescia*, ha remarcado que en la primera Misa, después que Nuestro Señor distribuyó su Cuerpo y su Sangre a los primeros cristianos, con este acto fue más allá no solamente de la ley de justicia sino también de la ley del amor. Él nos dice: “No os améis unos a otros como a vosotros mismos. Poned algo de mística. Amaos los unos a los otros como yo, el primero, os he amado”. Si

morimos habiendo guardado la ley de la justicia y la ley de la caridad, pero no esta caridad, pasaremos tanto tiempo en el purgatorio cuanto sea necesario para aprenderla, en terribles sufrimientos que, como dice santo Tomás, todos los sufrimientos naturales del mundo juntos, son menores que un instante de aquel otro dolor. A veces creo que los conservadores, no solamente los liberales, se parecen a fariseos-católicos, absoluta y fríamente determinados a tener siempre razón. Mientras que el camino real de Cristo es un camino caballeresco, romántico, lleno de fuego y pasión; cabalgamos en fogosos caballos pura sangre, que galopan gozosamente, olfateando el viento, mientras que con ruido de armas, pronunciamos el grito de batalla de Roland y Olivier: *Montjoi!* Nuestra Iglesia es la Iglesia de la pasión. Escuchemos al Espíritu Santo mismo, escuchemos el lenguaje con el que habla el Esposo a su Bienamada Virgen en el Cantar de los Cantares, y nos dice a nosotros también:

*Voy a mi jardín, hermana mía, esposa; a tomar de mi mirra y de mi bálsamo; a comer la miel virgen del panal, a beber de mi vino y de mi leche. Venid amigos míos, y bebed y embriagaos, carísimos.*

Es necesario guardar los Mandamientos, pero no es suficiente. Es necesario amarnos los unos a los otros como a nosotros mismos, pero no es suficiente. Lo único necesario, el *unum necessarium* del Reino, es amar como Jesús nos amó. Este es el amor que produce la alegría en el sufrimiento y en el sacrificio, el amor de Roland y Olivier que se lanzan a la batalla, defendiendo hasta la muerte aquello que aman. *Montjoie!* Esta es la música de la cultura cristiana. Los demonios que, en nuestro país y en la Iglesia, asesinan a los niños y deshonoran a la Esposa de Cristo serán arrojados fuera solamente con la oración y el ayuno. La impureza es una infracción a los Mandamientos de Dios, pero, más profundamente, una

mala dirección del amor. No la echaremos nunca fuera, todas las tentativas para resolver la crisis de la Iglesia serán vanas, si no consagramos nuestros corazones al corazón Inmaculado de María, lo cual implica mucho más que recitar una oración impresa, al igual que el ayuno implica mucho más que comer menos. Implica compartir su misma vida interior. Como Ella, debemos descender cada día a la bodega, donde Cristo nos llama, y allí, solos con Él, embriagarnos de su amor.

*Ubi amor ibi oculus.* ¿Cómo veremos sin el ojo del amor? Pero, ¿cómo aprenderemos a amar sin conocer el lenguaje del amor? Y para aprender este lenguaje, ¿cuál es la escuela? Pues bien, escuchemos al más grande de los maestros ingleses:

*Si la música es el alimento del amor, tocádl.*

¿Es difícil de comprender el significado de lo que Shakespeare nos quiere decir? La cuestión es la de un maestro a sus alumnos, no la de un erudito a sus colegas. Para los amantes, aunque puede ser difícil, e incluso imposible realizar una traducción en lenguaje científico, el significado es claro y fuerte como el buen vino. *Si la música es el alimento del amor...* Reflexionemos un momento sobre estos célebres versos con los que comienza la obra *La noche de Reyes*, obra destinada a todo el pueblo, no solamente a los estudiosos, escrita como un entretenimiento para la fiesta de Epifanía, hace trescientos cincuenta años. Así como la antigua Ley prohibía comer cualquier tipo de carne, excepto la de los rumiantes, así deberíamos prohibir toda crítica que se alimentara despedazando la carne de los textos en notas y apéndices, en favor de una rumiante lectura de los versos en su más ordinario y obvio sentido. El mejor comentario será un pasaje similar del mismo autor o de un autor parecido. Tomemos, por ejemplo, el *Sueño de una noche de verano*. Oberon, rey de la música,

hace una especie de comentario al discurso ducal que abre *La noche de reyes*:

*Acercaos, querido Puck.*

*¿Recuerdas aquel día en que subí a una montaña y escuché a una sirena que era llevada por un delfín? Ella cantaba unos aires tan dulces y armoniosos que el mar agitado se calmó con su voz, y algunas estrellas abandonaron su lugar para escuchar la música de la hija de las olas.*

Y Puck responde:

*Recuerdo!*

Notemos cuidadosamente el poder que este gran maestro de nuestra cultura atribuye a la música: *el mar agitado con su voz se calmó. La música alimenta el amor*. Sí, alimenta el amor de Cristo que aquietta el corazón rebelde, brutal y salvaje del pecador. Comprendan lo que esto significa: que la civilización es obra de la música. Shakespeare dice esto una y otra vez. En *El mercader de Venecia* dos jóvenes amantes entran en un jardín. Es de noche, sobre ellos, la luna y las estrellas. Lorenzo le pide a su amigo Stefano que le ayude a buscar algunos músicos, y luego, dirigiéndose a su amada, dice:

*Con qué dulzura duerme la luz de la luna en ese macizo!  
Nos sentaremos aquí y que los sonos de la música se deslicen en nuestros oídos: la blanda calma y la noche se hacen notas de una dulce armonía. Siéntate, Jéssica. Mira como el firmamento del cielo está densamente tachonado*

*de patenas de oro claro: hasta en la más pequeña esfera que observas hay un ángel que canta en su movimiento, haciendo coro siempre a los querubines de ojos niños. Tal armonía hay en las almas inmortales; pero mientras esta fangosa vestimenta de corrupción siga groseramente cerrada, no podemos oírla.*

Este pasaje ilustra el tema que toda la creación canta, los cielos declaran la gloria de Dios, las estrellas en su curso tejen una música de esferas que responde armónicamente a los ángeles cantando *Sanctus, Sanctus, Sanctus* en torno al trono de Dios. Todos los hombres poseen también esta música, pero en tanto moren en “esta vestidura de barro”, en esta vida expuesta a la agitación del mundo, atrapados por una multitud de preocupaciones y deseos, no la podrán escuchar ni entender. Los músicos llegan al jardín, y Lorenzo les grita:

*Vamos, venid y despertad a Diana con un himno! Que vuestros más dulces acentos acaricien los oídos de vuestra señora, y llene su casa de música.*

En el bello latín de san Jerónimo, la Esposa del Cantar de los Cantares exclama: *Trahe me* - Atráeme! Y Jéssica responde:

*Nunca estoy alegre cuando oigo música.*

¿Respuesta extraña? Posiblemente, pero sin embargo verdadera. La música es mucho más que diversión; hay algo de tristeza aun en las músicas más gozosas. Todos han remarcado como, por ejemplo, en las más ligeras piezas de Mozart, en sus óperas cómicas o en obras maravillosamente brillantes como el concierto para clarinete, hay un casi

insoponible peso, una tristeza imposible de escuchar sin lágrimas. Quizá el ejemplo más famoso en Mozart sea el empleo que hace de la hermosa canción de amor *Dove sono* de *Las bodas de Fígaro* en el *Agnus Dei* de su *Requiem*, uso que podría parecer blasfemo si el repertorio gregoriano no hubiese dado el ejemplo: ciertas melodías son comunes a las misas de esposales y de difuntos.

Jéssica dice:

*Nunca estoy alegre cuando oigo música.*

Y Lorenzo, el filósofo, explica por qué:

*La causa es que tu espíritu está atento: pero observa sólo una manada salvaje y retozante, o un grupo de potros jóvenes y sin domar, dando locos saltos, aullando y relinchando, conforme a la naturaleza caliente de su sangre: si por casualidad oyen sonar una trompeta o si un aire de música toca sus oídos, notarás que se detienen a la vez, y sus ojos salvajes se reducen a una mirada humilde por el dulce poder de la música: por eso el poeta fingió que Orfeo movía árboles, piedras y ríos: puesto que no hay nada tan terco, duro y lleno de cólera que la música no lo cambie de naturaleza por algún tiempo. El hombre que no tiene música en sí mismo y no se mueve por la concordia de dulces sonidos, está inclinado a traiciones, estratagemas y robos; las emociones de su espíritu son oscuras como la noche, y sus afectos, tan sombríos como el Erebo: no hay que fiarse de tal hombre. Atiende a la música.*



Nuestro Señor ha explicado en la parábola del Sembrador que su amor crece sólo en cierta tierra, la tierra de la cultura cristiana, que es obra de la música en sentido amplio, que incluye las canciones, el arte, la literatura, los juegos, la arquitectura. Son otros tantos instrumentos de una orquesta que ejecuta día y noche la música de los que aman; y si se desafina, entonces el amor de Cristo no crecerá. Es evidente que hoy, en los Estados Unidos, el Demonio se ha apoderado de estos instrumentos y ejecuta una *danse macabre*, una danza de muerte, especialmente a través de lo que nosotros llamamos “media”, la televisión, la radio, las grabaciones, los libros, las revistas y los diarios. La restauración de la cultura cristiana en todos sus aspectos espirituales, morales y físicos, exigen un cultivo del suelo en el cual el amor de Cristo pueda crecer, y esto significa que nosotros debemos repensar, como se dice, nuestras prioridades.

Lo que yo propongo, no como respuesta a todos nuestros problemas, sino como condición de la respuesta, es algo a la vez simple y difícil: se trata de reinstalar en nuestros hogares “las caricias de una dulce armonía”, a fin de que nuestros hijos crezcan mejor que nosotros, con música en sus corazones, y que, cantando las viejas canciones durante toda su vida se dispongan a escuchar un día el cántico del Bienamado:

*Levántate ya, amada mía, hermosa mía, y ven:  
que ya se ha pasado el invierno y han cesado las lluvias.  
Ya han brotado en la tierra las flores,  
ya es llegado el tiempo de la poda  
y se deja oír en nuestra tierra el arrullo de la tórtola.  
Ya ha echado la higuera sus brotes,  
ya las viñas en flor esparcen su aroma.  
Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven.*

¿Qué mujer escuchará cantar así al joven al cual esposará? Ninguna, yo creo -y qué hombre y qué mujer escuchará a Cristo en el otoño de su vida?

Como primera medida, destruyan vuestro aparato de televisión. La Iglesia Católica no se opone a la violencia, sino solamente a la violencia injusta. Entonces, destruyan vuestro televisor. Y con el tiempo y el dinero que ahorran en él compren un piano, y restauren en vuestros hogares el gusto por la música, la música cristiana corriente, ordinaria que, en su mayoría, es fácil de ejecutar. Todo el mundo puede aprender las canciones tradicionales, las de Stephen Foster o de Robert Burns, por ejemplo, los aires irlandeses o italianos, luego de algunas horas de aprendizaje. De este modo, la familia se reunirá por la noche en el hogar; porque vivirá al unísono, el afecto y el amor renacerán sin pensarlo. No hay nada que desintegre más el amor que los intentos artificiales destinados a favorecerlo, como grupos de encuentro u otras “dinámicas” del mismo género. El amor nace y crece; no puede ser fabricado ni exigido; y, solamente crecerá con las dulces armonías de la música.

La clase más importante de música, en sentido amplio, entendiendo con esto toda expresión cultural, es, por supuesto, la música de las palabras: la poesía y la literatura. La música en sentido estricto, ya sea vocal o instrumental, juega un rol muy importante en la formación de la sensibilidad; y lo mismo ocurre con las artes plásticas. Pero lo que uno lee entra directamente en la inteligencia y por tanto, tiene un efecto mayor. Debemos poner nuestro mayor esfuerzo en restaurar la lectura en la casa y, sobre todo, la lectura en voz alta: junto al fuego del hogar en invierno, y en el porche, en las noches de verano.

Para los chicos más grandes y los adultos la lectura silenciosa, pero todos reunidos en la sala. No es necesario buscar las grandes obras maestras de la literatura que necesitan una lectura analítica y son útiles sobre todo a los

especialistas, sino leer lo que podemos llamar los “mil buenos libros”, que tienen que estar en toda biblioteca, cuentos como los de *Mother Goose* y poemas como los de Willie Shakespeare, los “mil buenos libros” para los niños y para los adolescentes, que todos hemos leído y releeremos durante el resto de nuestras vidas.

Pero, en primer lugar, no seríamos serios en nuestra intención de restaurar la Iglesia y la Ciudad si no tenemos el sentido común de destruir nuestro aparato de televisión. Se dice que la televisión no es buena ni mala. Que es un instrumento como podría ser un revolver: su moralidad depende del uso que se le dé. No es mala *per se* sino accidentalmente, como dicen los moralistas. Es verdad, pero las situaciones concretas son *per se* accidentales! La televisión no es mala sólo por accidente, es mala de modo general y determinante. No es cuestión de elegir los mejores programas, de influenciar sobre los productores o los anunciantes, o lanzar un canal propio. La televisión posee dos defectos: su radical pasividad, física e imaginativa, y la distorsión de la realidad. Sentados frente a la pantalla, no ejercitamos nuestra mirada para fijar y seleccionar los detalles, aquello que los poetas llaman “remarcar” las cosas. Ni tampoco ejercitamos nuestra imaginación como nos vemos obligados a hacer cuando leemos metáforas, que nos exigen saltar al “tercer término” sugerido por la juxtaposición de imágenes, y reparar en similitudes y diferencias, capacidades que Aristóteles dice que son uno de los principales signos de inteligencia. La televisión es mala, por tanto, intrínsecamente, como también lo es extrínsecamente. Todo pasa por el filtro laicista de los que tienen el poder. “Qué hermoso es ver el Papa!”. Pero ustedes no ven el Papa; ven el Papa visto por los periodistas y su media, a través de sus comentarios, de las elecciones que ellos hacen de lo que van a pasar y de sus montajes. Un teólogo me respondió un día cuando me quejaba de la comunión distribuida por los laicos: “Si fuera la única manera de recibirla, yo le recibiré del mismo Diablo”. Creo que está equivocado. En esto sigo a Newman que,

ante una situación similar respondió: “Esperaría una oportunidad mejor”. Si quiero ver el Papa, viajaré los seis mil kilómetros que me separan de Roma, pero nunca lo vería a través de los ojos de la CBS. Toda la televisión está mal orientada porque quienes la dirigen no son solamente no-cristianos sino anti-cristianos. Y no solamente en los programas obviamente malos sino también en aquellos llamados educacionales que son realizados con el mismo fin: extirpar de la cultura, y deformar todo lo que sea cristiano. Aún en algunas emisiones, como reportajes o documentales, programas deportivos o de variedades que, en sí, no tiene nada malo, sí lo tiene el contexto, y es el contexto lo determinante. Y esto no es lo peor; lo peor es el insidioso irrealismo. Me refiero a la cuestión del profesionalismo deportivo. ¡Mi partido de fútbol!, es el grito paterno: Nerón mirando la lucha de gladiadores que se matan entre ellos, mientras beben una insípida cerveza y comen papas fritas. En tanto, los niños se embrutecen escuchando rock en el pasacintas. ¿Les gusta el fútbol? Salgan los domingos y júéngelo con sus hijos.

Sé que lo que digo parece una locura; es demasiado, demasiado rápido, y siempre contra corriente. Pero los estéreos y los equipos de música sustituyen a los sentidos, a la imaginación e, incluso, a la realidad. Y no se dejen engañar por las hermosas colecciones que se ofrecen, desde canto gregoriano hasta Aaron Copland. El canto gregoriano es una solemne oración y no debe nunca convertirse en un “placer para el oído”, como dicen. En cuanto a Copland, es la vulgaridad contemporánea. Los drogadictos y pornógrafos no tienen el monopolio de lo artificial. El bello mundo de la cultura de lujo, de la New York Philharmonic, atestada de micrófonos, triturar a los clásicos con las interpretaciones modernas en un amasijo electrónico, con ingredientes de sofisticadas desarmonías diseñadas para la autodestrucción de la música y la ruina de todos los hábitos tradicionales de diferenciación tonal. Pienso en lo mejor de los genios desorientados como Stravinsky o Mahler, para no mencionar los

autopromovidos fraudes como Schoenberg. Y aunque sería largo de explicar, los aparatos electrónicos no son malos solamente en cuanto se apartan del fin, sino también en cuanto a los medios mismos que son destructivos de la imaginación y la sensibilidad, como lo es la televisión. Las reconstituciones electrónicas de sonidos desintegrados no produce sonidos reales: es como si creyéramos que la leche en polvo es realmente leche. El más grande pianista de la última generación, Joseph Hoffman siempre se rehusó a hacer grabaciones porque le horrorizaba la idea que se pudiera fijar una interpretación hecha una vez, y ser reproducida infinidad de veces, cuando él en el concierto tocaba cada nota fresca, como si fuera la primera vez. Acepto el riesgo de pasar por un fanático peligroso, pero repito con toda la calma y seriedad que puedo: deshagámonos de todos estos aparatos mecánicos y electrónicos y restauremos en nuestros hogares la música y la literatura real, viva, simple, cristiana, doméstica. Sé que no es agradable recibir una reprimenda; es más fácil escuchar al profeta cuando critica a los filisteos que viven al otro lado de la calle; pero, como decía Newman, el predicador va muy lejos cuando comienza a llegar a nosotros. Sin embargo, es muy simple. Los católicos han aceptado algunas de las peores distorsiones de su fe en el orden de la música, del arte y de la literatura sin una palabra de enojo, porque nunca han escuchado verdaderamente el *Tantum ergo* o el *Ave Maris Stella*. No es falta de fe, es falta de música: nunca han tenido en su hogar aquello que les hubiera formado el buen gusto y el buen sentido.

¿Y qué decir de la lectura en el hogar? Ya nadie lee. El movimiento en favor de los «grandes clásicos» lanzado por la generación que nos ha precedido no pudo alcanzar su cometido. No por culpa de los libros. Ellos eran, como bien decía Matthew Arnold, “lo mejor que se ha pensado y dicho”, pero del mismo modo que el vino se pierde en botellas agrietadas, los libros se perdieron en espíritus que ya no sabían leer. Con otra comparación, la semilla ha germinado, pero el terreno estaba agotado. La

fecundidad de las ideas de Platón, de Aristóteles, de san Agustín, de santo Tomás no se pueden manifestar sino es en el terreno de una imaginación saturada de fábulas y de cuentos de hadas, de historias y poemas, romances y aventuras -Grimm, Andersen, Stevenson, Dickens, Scott, Dumas y tantos otros buenos libros. La tradición occidental, que asimiló todo lo mejor del mundo greco-romano, nos ha dado una cultura en la cual la fe se desarrolla sanamente. Desde la conversión de Constantino esta cultura se transformó en cristiana. Las inteligencias y las voluntades germinan en este terreno que es apto para todos los estudios literarios y científicos, incluida la teología sin la cual todos lo demás son inhumanos y destructores. El atleta inculto y el esteta decadente sufren los vicios opuestos a las virtudes que Newman llama del *gentleman*. Cualquiera que estudie las letras o las ciencias, desde un punto de vista especulativo o práctico, descubrirá que un poco de cultura general significan un salto decisivo. Crecerá como una planta desnutrida que, repentinamente, es fertilizada y regada.

Y el mejor punto de vista es el del aficionado, de la persona común que se entretiene con lo que lee, ignorante de esos exámenes críticos, históricos o textuales que destruyen aquello que analizan, tan enemigos de la cultura como los estudios de la sexualidad lo son del matrimonio, o la agricultura científica de la vida del campo. Cualquier cosa que hagan, no envenenen el aljibe y el campo con diccionarios, enciclopedias, atlas, guías, ediciones críticas, notas, apéndices biográficos e históricos. Todo esto es la ciencia de la literatura, una mala aplicación del método científico a un campo que está fuera de su competencia. Nosotros queremos lo que Robert Louis Stevenson llamó “un jardín de niños”, algo simple, directo, placentero, espontáneo, libre, romántico, si quieren. Pero teniendo presente que no basta para la salvación, como creyeron los románticos, que no es suficiente para la ciencia y la filosofía, pero que es indispensable para el

desarrollo moral, intelectual y espiritual. En vez de un razonamiento les propongo una lectura: aquella de los mil buenos libros.

Como la vista es el primero de los sentidos, y es especialmente importante en los primeros años, es importante tener ediciones ilustradas por artistas que trabajen dentro de la tradición cultural que buscamos restaurar, al mismo tiempo para una introducción al arte como para participar del universo imaginativo que nos propone el libro. No se trata de despreciar a todos los artistas contemporáneos puesto que la tradición no excluye la experimentación. Al contrario, la lectura de estos libros debería ser un incentivo para escribir bien y dibujar bien. Un ejemplo no es una camisa de fuerza, sino un maestro que propone reglas y modelos para imitar. Las ilustraciones de los libros alcanzaron su perfección clásica en los cien años anteriores a la Primera Guerra Mundial, con figuras como Beatrix Potter, Sir John Tenniel, Arthur Rackam, Kate Greenaway, George Cruickshank, Leslie Brooke, y muchos otros. Con buen olfato, se pueden encontrar ediciones originales en librerías de segunda mano; o nos podemos contentar con facsímiles que, si bien no tienen la misma calidad de trazo y color, son más económicos.

Los católicos de lengua inglesa tienen una dificultad que, para tratarla adecuadamente, necesitaríamos un libro entero: la literatura inglesa es sustancialmente protestante. Es bueno citar a san Pablo que dice que todo lo que es verdadero viene del Espíritu Santo, y argumentar que esta literatura, en la medida en que es verdadera es católica, sin importar las convicciones de su autor, sea este protestante, judío o infiel. Todo andaría bien si la literatura fuera una ciencia abstracta, donde “dos más dos son cuatro”. Pero la literatura, realidad paradójica por definición, es un “universal concreto”: muestra a los hombres en acción, hace revivir sus luchas afectivas, morales y espirituales. En consecuencia, los católicos anglófonos deben vivir con una dificultad: los mil buenos libros que son para ellos el terreno indispensable para la inteligencia de la fe católica,

terreno indirectamente requerido para entrar en el reino de los cielos, esos libros no son católicos, son protestantes.

Esta dificultad ha conducido a algunos educadores católicos bien intencionados a recomendar solamente textos de autores estrictamente católicos, lo que supone dar a leer traducciones de un gran número de autores franceses, italianos, españoles, y de algunos escritores católicos ingleses que, aunque talentosos, no son desgraciadamente de primer orden. Cualquiera sea el modo en que lo hagan, esta es una empresa sin esperanzas. Somos un pueblo de lengua inglesa. Si queremos asimilar nuestra lengua debemos asimilar aquello que constituye el genio propio del inglés. Si queremos que hayan escritores -y lectores!- católicos de lengua inglesa, es necesario aprender el inglés del mejor modo, lo cual no se puede hacer con traducciones, incluso hechas por excelentes traductores, pero que no son genios, y no pueden traducir la grandeza de la obra con la que trabajan. Veamos un ejemplo. Dorothy Sayers es una excelente católica inglesa. Por otro lado, el católico italiano Dante es uno de los tres candidatos para el título del mejor poeta del mundo. Pero bien, la traducción de hace Dorothy Sayers de la *Divina Comedia*, es una comedia en otro sentido, que no tiene nada que hacer al lado de la excelente traducción hecha por el secretario latino del Consejo de Estado Puritano, John Milton que, además, fue muy cercano del archi-hereje y asesino de la Irlanda católica, Cromwell, ni tampoco puede rivalizar con Shelley, ateo favorable a la causa irlandesa, al cual la señorita Dorothy intenta -desastrosamente- reproducir en la *terza rima* de Dante. La literatura inglesa no es una opción, es un hecho. Es protestante, y para nosotros es a la vez una bendición y una condena: una bendición, porque es la mejor del mundo, y una condena porque no podemos hacerla nuevamente.

Los padres y maestros católicos de lengua inglesa deben leer y releer *La literatura católica en lengua inglesa* del cardenal Newman. Es



un muy buen ensayo sobre la materia que nos ocupa, bien equilibrado; lo mejor sobre el tema.

Las dificultades afectan el corazón de los niños -ese órgano tan delicado, sede de los afectos y disposiciones interiores- y también a su imaginación: serán formados por autores alejados del universo católico, y muchas veces, muy alejados. Pero, si no leen, ¿cómo desarrollar sus aptitudes y facultades esenciales?

Dicho esto, hay que agregar que podemos vivir y vivir bien a pesar de las dificultades que he señalado y tomar las cosas por lo que son. En primer lugar, en la medida en que esta literatura es protestante, es bíblica y cristiana: la existencia de Dios, la divinidad de Cristo, la necesidad de la oración, la obediencia a los mandamientos constituyen la trama sólida de la mayor parte de estas obras, aunque se suelen encontrar críticas, a veces groseras, a veces fundadas, que contradicen en algo a la fe católica. Debido a que el protestantismo está a mitad de camino de sus ancestros católicos y judíos, una suerte de cristianismo hebreo, al menos en su tendencia calvinista, su literatura popular es hostil a la vez a los católicos y a los judíos. Charles Kingsley ha escrito un excelente libro para niños lleno de injuriosas mentiras con respecto a los jesuitas; el Shylock de Shakespeare, el Fagin de Dickens han explotado y exagerado la avaricia de los judíos. Pero el comentario de Chesterton sobre el libro de Kingsley -“Es una mentira, pero llena de santidad”- se aplica al *Mercader de Venecia* y a *Oliver Twist*. Solamente los judíos o católicos farisaicos se indignan por ser caricaturizados. Una justa y sana caricatura consiste en remarcar algunos rasgos accidentales de aquello que es esencial. Es un hecho que hay jesuitas que a veces protagonizaron escándalos a pesar de la gloriosa falange de sus santos; y que hay judíos usureros, pornógrafos y comunistas a pesar de la valentía con la que afrontaron una persecución injusta y de la pequeña falange de sus santos convertidos. Los católicos y judíos pueden reír y llorar a la vez de la verdad de estas caricaturas, del

mismo modo que un irlandés sobrio -si se puede encontrar uno- reiría y lloraría de un irlandés borracho, o un italiano honesto, de su Padrino.

Uno de los más conocidos, y en verdad genio, de esta lista de clásicos para niños no es un protestante inglés sino una clase de católico francés. Cuando se termina de leer *Los tres mosqueteros* se tiene en claro que el pecado siempre es castigado. Al comienzo de la novela, Aramis simula y se burla de la vocación religiosa, y termina siendo monje -aunque no de los mejores! Está también la escena muy colorida en la que D'Artagnan, corazón generoso y verdadero héroe, comete un adulterio, sensacional y grotesco a la vez, con una de las más peligrosas *femmes fatales* de toda la literatura; las consecuencias serán espantosas para los dos: una horrible muerte para ella y una terrible lección para él. Sin duda, es mejor reservar la lectura de *Los tres mosqueteros* para adolescentes de más de dieciséis años, pero es un libro para adolescentes y un ejemplo de valentía y altos ideales. Es un buen libro, quiero decir, un libro moralmente bueno. Nos guste o no, el tipo de aventuras de Alejandro Dumas está en la literatura, como las Montañas Rocosas están en la geografía. Si éstas no existieran, podríamos viajar más rápidamente por California, pero el interés del viaje se disminuiría mucho. Sin los romances, sin las intrigas y los amores de los personajes de Dumas, ¿dónde estaría lo emocionante de la literatura?

El peor defecto de la literatura clásica inglesa es la omisión: María Santísima, nuestra madre, y el Santísimo Sacramento están ausentes. Es esta la desaparición de los dos misterios más importantes de la fe católica, y de una serie de elementos accidentales de la vida católica como el culto a los santos, la veneración de las reliquias, el uso de medallas, de escapularios, del agua bendita y del rosario. Cuando estas cosas están presentes es para tacharlas de supersticiones. A veces, estas “supersticiones” son mejor tratadas, como la hermosa escena de *Mujercitas* donde la criada francesa explica el Rosario a la incrédula pero

maravillada y edificada Amy. Sin embargo, no hay duda de que es una carencia grave, y debe ser compensada por el uso cotidiano de los tesoros de la piedad católica y el recurso constante a la liturgia latina.

Desde el punto de vista cultural, que debo insistir no es algo menor o accidental sino algo indispensable en los medios ordinarios de la salvación, y prescindiendo de las difíciles controversias canónicas y teológicas sobre su licitud o validez, como así también de los aspectos pastorales, debo decir que la Misa nueva, al menos tal como se celebra en los Estados Unidos, es un desastre. Y con el respeto debido a las autoridades, debo dar testimonio público de mis peticiones privadas para que se restaure la gran liturgia gregoriana y tridentina que se celebraba antes: la obra de arte más refinada y más bella que haya existido en el mundo; el corazón, el alma, la fuerza más determinante de nuestra civilización occidental; y la madre nutricia de tantos santos. Los niños católicos formados por lo mejor de la literatura inglesa deben alimentarse al mismo tiempo de las prácticas católicas tradicionales, como el rosario, las visitas al Santísimo o el Via Crucis. Y cuando esta literatura denigra explícitamente a aquello que hay de católico, los padres y los maestros deben obrar como censores. Esta censura no debe hacerse con la tijera, porque estos pasajes están muy unidos al contexto, sino con la explicación. Los padres o hermanos que leen las historias en voz alta a los más pequeños deben corregir dulcemente los errores, y éstos servirán para enseñar la verdad, y muchas veces la verdad es que los católicos no siempre han vivido acordes a su fe. Con sus alumnos, el maestro puede aprovechar las caricaturas o injurias para hacer leer otros textos; por ejemplo, el ataque a los jesuitas puede ser la ocasión de leer la vida de san Isaac Jogues y sus compañeros, o la de otros santos misioneros. Su propia firmeza en la fe debe bastar a los adolescentes y a los jóvenes; los textos hostiles al catolicismo serán la ocasión de examinar su comprensión de la

fe, y sus profesores podrán dirigir las discusiones de los puntos más difíciles.

Con lo que he dicho es suficiente. Las cientos de miles de páginas de los mil buenos libros contienen pocos pasajes para corregir. El verdadero problema, común a toda la cultura moderna, es el de la ausencia de los tesoros de la piedad católica, determinantes en materia de fe. Y estos tesoros deben ser restaurados en la Iglesia y en los hogares. Debido a que somos de lengua inglesa y que vivimos en una sub-cultura no católica, es bueno para los niños que conozcan con su imaginación el medio hostil en el que viven, exceptuando por supuesto la burla, la pornografía y la subversión, pero esto no aparece en la literatura infantil clásica. Ella es buena artística, moral y espiritualmente, aunque incompleta.

Quizá sea conveniente hacer alguna advertencia con respecto a la lectura para los adolescentes. Este período de la vida es peligroso por definición. “Adolescente” proviene de una palabra latina que significa “quemar”, y es ciertamente una edad “quemante”. La lectura de *Romeo y Julieta*, por ejemplo, puede impresionar una imaginación viva. Estos amantes, se enamoran de un modo desesperado y ardiente, pero la lectura de estos bellos pasajes pueden conducir al pecado, como el caso de aquellos condenados de la *Divina Comedia*, a quienes el Dante atribuye su suerte a la lectura de una novela cortesana. “Ese libro fue un *galeotto*”, dice Francesca- y *galeotto* significa en italiano proxeneta. Estas lecturas suponen paralelamente una formación moral estricta, seria, exigente y enérgica. Pero a la vez hay que hacer una advertencia a los padres católicos: muchas veces, cuanto más conservadores son en su fe, más jansenistas son en la educación de sus hijos. Alrededor de los doce años el niño comienza su adolescencia, lo cual implica una explosión de aptitudes físicas y reacciones emotivas, el deseo del peligro y las primeras llamadas del amor. Se cuenta que los chinos vendaban los pies de sus hijas para que no crecieran. Parece que hay también padres que vendan las almas de sus

hijos: algunas familias católicas envían a la universidad a sus hijos adolescentes con dieciocho años, esmeradamente conservados y embalados en la edad afectiva y mental de doce; buenos chicos y chicas, bien vestidos y poco ruidosos, que jamás han tenido un problema, que nada saben de la vida ni del amor. El Reino de los Cielos es el conocimiento y el amor de Dios. No podremos aprender a soportar las llamas vivientes del amor divino si no pasamos por el fuego más temperado de los deseos humanos, y una adolescencia “quemante” es tan necesaria para el desarrollo normal del cuerpo y del alma como lo es la fe. La fe supone y perfecciona la naturaleza, y por tanto no podrá ser eficaz si ésta está atrofiada. ¿De qué serviría proteger a los niños del fuego del infierno si los privamos de los medios para ir al Paraíso?

Denles una catequesis fuerte, sermones serios, buenos ejemplos y ejercicio físico. Gobiérnenlos con firmeza, pero no los enfermen: déjenlos leer los buenos libros “peligrosos”, y déjenlos practicar deportes “peligrosos” como el rugby o el montañismo. La condición humana supone que alguno se quiebre una pierna y peque, pero en una familia católica bien equilibrada las caídas serán pocas y los cuerpos y las almas recuperables. El valor de estas lecturas y de estos juegos es tan grande que deberíamos agradecer a Dios por haber sido de tal modo colmados de bendiciones en la literatura y en los deportes ingleses.

Afortunadamente, la mayoría de estos autores tienen simpatía por nuestra fe y, algunos de ellos, Shakespeare por ejemplo, era católico *in pectore*. Dickens tuvo un sueño visionario, al que tomó muy en serio, en el cual la Virgen María lo invitaba a escribir más cálidamente sobre los católicos, lo cual hace en *Barnaby Rudge*, una de sus mejores novelas. La historia no se puede rehacer, lo pasado pasó, y está fuera de nuestras manos. Olvidad los clásicos y seréis incultos: nuestra cultura es la que es, pero es la nuestra y permanecerá en su verdad, en su bondad y en su belleza, católica.

Para concluir, los exhorto a hacer una experiencia: lean, en voz alta si es posible, los buenos libros ingleses, desde los cuentos de *Mother Goose* hasta la novelas de Jane Austen. No es necesario hacer una lista: un clásico es una obra de la cual todo el mundo conoce el nombre. Y, por la noche, reunidos en torno al piano, canten las canciones tradicionales. Sí, la música alimenta el amor, y la música, en sentido amplio, es un signo específico de la civilización humana. Si nos hemos cocinado en la olla familiar de la imaginación cristiana, habremos aprendido por absorción a escuchar este lenguaje, esta misteriosa música del Esposo. Comenzaremos a amarnos los unos a los otros como Él nos ama. Y veremos finalmente, al término de esta noche oscura, a la Estrella de la Esperanza que brilla al comienzo de la mañana. Veremos porque amaremos -*Ubi amor ibi oculus*- pero solamente con su ayuda: *Rosa mystica, Turris Davidica, Domus aurea, Stella matutina...* Estrella de la mañana.